

Sección Bibliográfica*

A cargo de Oscar Uribe Villegas, de la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la U.N.A.M.

HOUTART, François (Abbé): *La Mentalidad Religiosa y su Evolución en las Ciudades*. Monografías Sociológicas. No. 1. Departamento de Sociología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. pp. 22.

Es ésta la primera de cinco monografías publicadas por la Universidad de Bogotá.

Su autor es un sacerdote y sociólogo belga. En su carácter de sociólogo, trata de abordar su tema de estudio con rigor científico. En su carácter de sacerdote, busca que sus conclusiones puedan orientarse hacia una utilización práctica. Como católico, sus referencias concretas —sin ser las únicas— se refieren principalmente a los problemas enfrentados por el catolicismo en las grandes ciudades.

En la esquematización que sirve de guía al autor, señala éste, como puntos a tratar: la crisis religiosa en ambientes urbanos; sus causas externas (atribuibles a factores distintos del fenómeno o de la organización religiosas), sus causas internas y las conclusiones que de este examen pueden obtenerse.

Houtart subraya la gran importancia de la urbanización mundial al indicar que la población urbana en el Mundo ha cre-

cido diez veces más que la población total (o, para expresarlo más precisamente, que el crecimiento de la primera ha sido diez veces mayor que el crecimiento de la segunda), y que en América Latina, mientras en 1925 el 33% de la población era urbana, en 1955 lo era el 44%. Y si bien reconoce que hay que distinguir diferentes tipos de urbanización (7), muestra también que la misma es fenómeno fundamental en el mundo actual.

El medio urbano moderno —como ambiente social nuevo o como instrumento que los hombres en sociedad no han aprendido todavía a utilizar, según se señaló en el Séptimo Congreso Nacional de Sociología, en México— propicia la aparición de ciertas crisis religiosas.

Houtart señala que tales crisis se manifiestan más particularmente en la práctica exterior, pudiendo citarse como dato el que en Europa, la mayoría de los conglomerados urbanos presentan menos de un 30% de practicantes. Para valorar el dato —sobre el transfondo religioso— hay que recordar que, conforme hace observar W. M. Urban, el símbolo religioso —que al mismo tiempo que expresa, permite establecer comunicación, comunidad y finalmente comunión— es “símbolo de conducta”, tanto o más que “símbolo de pensamiento” y que, en este

* Los números entre paréntesis en esta sección señalan la página del libro reseñado.

sentido, el ritual, el culto tiene, en sentido socio-religioso tanta importancia como la moral subterránea por una religión o como el mismo dogma mantenido por ésta.

Sin embargo, el hecho de que el medio urbano provoque tales crisis no significa —y así lo reconoce Houtart frente a ciertas imputaciones procedentes de su mismo sector religioso— que las ciudades sean origen de todos los males: de todas las crisis, familiares, religiosas o de otro tipo, que han podido registrar en ellas los investigadores sociales. Si hubiéramos de insistir en nuestra apreciación que parece revalidada en el caso concreto de la religión por la exposición del sociólogo belga, la ciudad es un instrumento social que no hemos aprendido a manejar y que, en cuanto no hemos aprendido a manejar, nos daña en vez de beneficiarnos, exactamente en la misma forma en que un automóvil en manos del no perito puede convertirse en instrumento de auto-destrucción o en arma mortal, mientras que en manos de un perito le facilita la tarea de trasladarse de un sitio a otro. Comprender esto —especialmente en relación con fenómenos religiosos como los aquí tratados y por quien tiene el doble carácter del autor— tiene una particular importancia. Tal comprensión impedirá seguramente que se idealicen condiciones sociales superadas y que, con ello, temerosa de las crisis que en el aspecto religioso puede acarrear lo nuevo, la religión en cuanto organización se convierta en aliada de fuerzas retardatarias que frenen el progreso social, dañándose, en última instancia, ella misma y sus propias finalidades. En este, como en otros muchos aspectos, parece que, para beneficiarse del cambio y no dañarse con él al obstaculizarlo se necesitan algunas de las características que parecen implícitas en la exposición del autor o que parece requerir al final de su exposición: imaginación, audacia, fe intrépida.

Pero, si la urbanización propicia una

crisis religiosa —que lo mismo puede ser crisis de destrucción que crisis de crecimiento— ello se debe a causas sociológicas tanto externas como internas que provienen de que la urbanización no es sólo —como podría creerlo un estadístico social estudioso de lo colectivo, pero no un sociólogo estudioso de lo más esencialmente social— un cambio cuantitativo, sino también, y sobre todo, un cambio cualitativo.

Con la urbanización se produce una especialización de funciones que se institucionaliza y, en tal situación, “el hombre tiene que enfrentar nuevos problemas y hacer juicios personales con referencia a principios religiosos” en situaciones sociales y frente a problemas morales “que le son completamente nuevos y para los que se halla impreparado”. En esta situación de especialización funcional institucionalizada la parroquia deja de ser una unidad sólidamente integrada y el centro parroquial pierde efectividad. El problema, como puede recordar quien siga de cerca la labor de los Congresos Mexicanos de Sociología, lo planteaban —en relación con el control social en las ciudades— dándole soluciones divergentes (tradicionalista el uno, experimentalista el otro) Gabriel Alomar Esteve y Stuart A. Queen en Monterrey, en 1956. Pero, es indudable que, planteado en los términos de Houtart y en este contexto, el problema alcanza —al rebasar el nivel de la moral social— un nivel de profundidad mayor aún.

Al lado de la especialización de funciones hay que mencionar, entre las características del cambio, la sustitución de las relaciones de intimidad por las relaciones funcionales en cuanto las gentes no se vinculan por vivir en el mismo barrio, sino por realizar las mismas funciones (de estudiante, obrero, etc.). Como consecuencia de ello se produce el frecuente sentimiento de soledad. La situación, como puede comprenderse, es

grave, para la Iglesia católica o para cualquier Iglesia; pero no debe descuidarse el que la situación es asimismo, y sobre todo, dolorosa para el individuo. Y si el reconocer su gravedad puede propiciar el que la Iglesia trate de adaptarse a las nuevas situaciones de relación funcional para lograr efectividad en la consecución de sus fines, no debe buscarse menos —en cuanto no parece ser competitiva de la existencia del otro tipo de relaciones— la reconstitución del barrio, que, en un ámbito más amplio que el familiar, saca al individuo de su soledad, le da sensación de pertenencia en un ámbito de intimidad que los ambientes funcionales no tienen, y le integra en forma más completa y eficaz dentro de comunidades convenientemente articuladas en un todo social proyectado por la senda de la evolución social.

Porque, si en razón de la evolución históricamente observable de lo social tanto como con vistas al mejoramiento social debe de aceptarse y propiciarse una estructuración cada vez más funcional de los conglomerados humanos, no debe de olvidarse que, desde el ángulo personal es indispensable atemperar esa tercera consecuencia de la urbanización que es la socialización creciente en cuanto peso que gravita sobre el individuo y que llega a hacer pensar en la sociedad, no ya en cuanto máquina o mecanismo, sino en cuanto verdadera aplanadora que habrá de destruir al hombre. Porque, en efecto, la sociedad pesa cada vez más sobre los individuos y tiende a dirigir cada vez más al hombre incluso en su vida religiosa, pero, la vida social es algo más que dirección progresivamente más estricta de ciertas energías humanas hacia el logro de finalidades comunes. Porque si la sociedad es encauzamiento de energías es preciso que antes existan esas energías que encauzar y tales energías sólo pueden surgir de aquellas relaciones de intimidad que hacen al hombre fecundo, pro-

ductivo, en el amor (amor de caridad diríamos con las doctrinas cristianas) y en el trabajo (trabajo no mercantilizado, sino dignificado en cuanto actualización y materialización de la libertad humana, es posible que dijéramos de acuerdo con doctrinas progresistas).

Ya en relación con el problema concreto de la crisis religiosa en las ciudades, Houtart apunta que “la vida religiosa —especialmente la del catolicismo— fue concebida y organizada hasta ahora para un sitio geográfico fijo, hasta tal punto que la movilidad de las gentes ha sido considerada como un mal social y religioso, por lo que el hombre, en el medio urbano, se encuentra avocado a nuevas adaptaciones de su vida religiosa” (15). Situación que muestra, para la organización religiosa, una necesidad de adaptarse a los tiempos nuevos, de salir de su estatismo, de dinamizarse. Como que, finalmente, es posible que el diagnóstico que hubiera de hacerse, en bloque, frente a la crisis religiosa en las ciudades pudiera resumirse en la breve frase “rezago cultural”.

Se observa, en efecto, una “conservación, por la Iglesia, de sus antiguas estructuras”, y se necesita, efectivamente, “de nuevas formas de acción religiosa, organizadas desde el punto de vista funcional”. “Se continúa en las ciudades con una organización parroquial y, por tanto, obramos dentro de una ficción comunitaria, ya que de hecho la comunidad parroquial ha dejado de existir”, en buena parte a causa —factor cuantitativo ligado íntimamente en cuanto consecuente y antecedente a innumerables factores cualitativos— a una “explosión demográfica parroquial” (mientras se considera una parroquia eficaz cuando abarca 5,000 almas, en México, las parroquias llegan a 35,000 almas). No se llega a reconocer que las *élites*, en las ciudades no funcionan vertical, sino horizontalmente, y que los individuos, al pasar del campo a la

ciudad, ingresan a grupos de estratificación con cultura y mentalidad propia (poseedora de vectores específicamente orientados frente a lo religioso) y que, por lo mismo, una acción que pretende ejercerse a lo largo de *élites* de funcionamiento vertical resulta ineficaz para la difusión religiosa en el medio urbano.

El diagnóstico y la recomendación de Houtart son claros frente al problema social que analiza en esta monografía: "La urbanización, como tal, provoca un cambio social que pide una nueva síntesis de la vida religiosa; las condiciones propias de la urbanización provocan una modificación tal que la vida espiritual se hace imposible para quienes sufren el cambio, y tenemos que buscar nuevos medios, nuevos tipos y una nueva mentalidad religiosa que sea realmente urbana."

Desbordando los límites específicos de esta monografía, nos atreveríamos a insistir, diciendo que lo que se necesita buscar, en la hora actual, es un tipo de mentalidad que resulte adecuado a la vida en las ciudades; que haga de éstas ambientes propicios al desarrollo de la persona-humana-socializada, al desarrollo de la sociedad-humana-personalizada de acuerdo con posturas que parecen propiciar los conocimientos que ya comenzamos a tener acerca de la sociedad y de los peligros que la asechan a ella y a sus miembros.

FALS BORDA, Orlando: *La Teoría y la Realidad del Cambio Sociocultural en Colombia*. Monografía Sociológica No. 2. Departamento de Sociología. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

Orlando Fals Borda nos da la impresión de estar destinado a desempeñar en Colombia un papel análogo al que Gonzalo Aguirre Beltrán desempeñó en México como Sub-Director del Instituto

Nacional Indigenista bajo la Dirección del doctor Alfonso Caso. Papel de un hombre que, a partir de una plantilla teórico-práctica fundamental, y con base en las experiencias —favorables y desfavorables— que le ha brindado la aplicación de teorías y la adopción de políticas sociales, extrae, como quintaesencia, una teoría depurada del cambio sociocultural comunitario. Y recordamos particularmente su "Teoría y Práctica de los Centros Coordinadores" publicada en *Estudios Sociológicos*. Tras su actuación en el Indigenista, Aguirre Beltrán ha debido asumir la responsabilidad de impulsar académicamente a la Universidad Veracruzana que, con su sola presencia ha adquirido una orientación eficaz y un interés robusto por los estudios sociales. Fals Borda, en un período mucho más breve, ha tenido que asumir responsabilidades parecidas y, tras hacer realidad muchas aplicaciones prácticas y extraer teorías de una cierta práctica social, ha asumido la responsabilidad de dirigir el Departamento de Sociología de la Universidad de Colombia, al que —si hemos de juzgar por los primeros frutos de estas monografías suyas— estamos seguros que dará un impulso tan interesante como el que el veracruzano ha dado a su Universidad.

La segunda de las monografías de la serie publicada por la Universidad de Colombia es, más que el resumen de investigaciones realizadas en Colombia desde 1952, las reflexiones hechas en torno de tales investigaciones y las conclusiones obtenidas de tal examen. En ella, Fals Borda hace constar que si bien la controversia entre los analistas de la estructura social y los teóricos del cambio empieza a aplacarse, apenas se comienza a delinear una metodología para el examen de una sociedad en proceso de cambio, pero que tal metodología puede obtener valioso fruto de la reflexión sobre procesos de cambio concreto y limitado como los re-